

divide, el descarnado Cristo, llagado y lívido, sobre su alta cruz negra, pendía, más dolorido y lívido en el silencio y en la soledad, con una trisísima lámpara amorteciendo á los pies. En torno había cipreses, sombra de cipreses, blancuras de lápidas, cruces rastreras de las tumbas pobres, una paz muerta pesando sobre los muertos; y en lo alto la luna amarilla y parada. Entonces el hidalgo sintió un temeroso miedo de Cristo, de las losas, de los difuntos, de la luna, de la soledad; escapó á correr hasta divisar las casas de la villa. Cuando se detuvo en el Crucero, un mochuelo piaba en la Torre de la Cámara, melancolizando el reposo de Villa-Clara, apagada y adormecida. Impresionado, Gonzalo corrió á la taberna de la Serena, recogió los criados, que le esperaban jugando á la brisca, y con ellos atravesó de nuevo la Villa hasta la cochera del Torto, para recomendar que le mandasen á la Torre, á las nueve de la mañana, el coche.

A través del postigo, que se abriera con cautela en el portón chapeado, la mujer del Torto gimió indecisa:

— ¡Ay, mi Dios, no sé si podrá! Tiene á las nueve un servicio. ¿No le haría más cuenta al hidalgo por ahí alrededor de las once?

— A las nueve, dijo Gonzalo.

Deseaba apearse temprano en el portón del Gobierno civil, para evitar la curiosidad de aquellos caballeros de Oliveira que después del medio

día se juntaban en la plaza á pasear por debajo de la Arcada.

Mas á las nueve y media, Gonzalo, que hasta el lucir de la madrugada se agitara por el cuarto en un tumulto de esperanzas y de recelos, todavía se estaba afeitando en camisa, delante del vasto espejo de columnas doradas. Después aprovechó el coche para dejar en la *Feitosa* la tarjeta de pésame á la bella viuda doña Ana. Al medio día, hambriento ya, almorzó en la *Vendiña*, mientras los caballos descansaban, y daban las dos y media cuando se apeó por fin en Oliveira, delante del portón del antiguo convento de Santo Domingo, al fondo de la plaza, donde su padre instalara fastuosamente las oficinas del Gobierno civil.

Aquella hora, ya en la frescura y en la sombra de la Arcada que orla un lado de la plaza (en otro tiempo *plaza de la Platería*, hoy *plaza de la Libertad*), los caballeros de Oliveira más desocupados, los «rapaces», ocioseaban en los sillones de mimbre, á la puerta de la *Tabaquería Elegante* y de la tienda de León. Gonzalo cautelosamente bajara las cortinas verdes del coche. Mas en el patio del Gobierno civil, todavía guarnecido de bancos monumentales del tiempo de los frailes, tropezó con el primo José Mendoza, que bajaba la escalera de uniforme. Fué un asombro para el alegre capitán, mozo esbelto, de bigote corto, y levemente picado de viruelas.

— ¡Tú por aquí, Gonzalo! ¡Y de sombrero de copa! ¡Caramba, debe ser cosa gorda!

El hidalgo de la Torre confesó valerosamente. Llegaba en ese instante de Santa Ireneia, para hablar con Andrés Cavalleiro. . .

— ¿Está acá ese ilustre señor?

Retrocedió el otro casi aterrado.

— ¿A Cavalleiro? ¿Es á Cavalleiro á quien vienes á hablar? ¡Santísima Virgen! Entonces ardió Troya.

Gonzalo sonrióse. No, no pasará la desgracia épica de Troya. . . y podía revelar al amigo Mendoza el caso que lo arrastraba á la presencia augusta del señor gobernador civil. Era un hombre de los Bravaes, un Casco, que, furioso por no conseguir el arrendamiento de la Torre, lo amenazara, rondaba ahora la carretera de Villa-Clara, de noche, con una escopeta, y él, no osando «hacer buena y alta justicia» por mano de sus criados, como los Ramires feudales, reclamaba modestamente de la autoridad superior una orden para que Gouveia mantuviese dentro de la legalidad y de los mandamientos de Dios al valiente de los Bravaes. . .

El capitán abría pachorrentamente la petaca de cuero:

— ¿Y qué me dices tú del pobre Sanches Lucena? . . .

Sí, Gonzalo supiéralo en el camino. ¿Un ataque, eh? — Mendoza encendió y chupó el cigarro.

— De repente, un aneurisma, al leer *Las Noticias*. Hace tres días, Marica y yo comimos en la *Feitosa*. Hasta toqué á cuatro manos con doña Ana el cuarteto de *Rigoletto*. Y él bien, conversando, tomando su aguardiente de caña.

Gonzalo esbozó un gesto de piedad y de tristeza.

— Pobre. . . También ha semanas lo encontré yo en *Bica Santa*. Buen hombre, bien educado. . . Y ahí tenemos ahora á la doña Ana vacante.

— Y al distrito.

— ¡Oh, el distrito! — murmuró el hidalgo con risueño desdén —. A mí me conviene más la viuda. Es Venus con doscientos mil pesos. Infelizmente tiene una voz atronadora. . .

— No, no, en la intimidad tiene hasta un timbre natural, agradable. . . Y después, muchacho, ¡qué cuerpo! ¡qué piel!

— Debe estar espléndida ahora con el luto, concluyó Gonzalo. Bien, adiós. Llégate por los Cuñaes. Yo corro hacia Cavalleiro para que su excelencia me salve con su brazo fuerte.

Sacudió la mano de Mendoza y subió la escalera de piedra.

Pero el capitán, que se metiera por la travesía de Santo Domingo, desconfió de aquella historia de amenaza y de escopeta. . . «¡Qué! Aquí anda política», y cuando, pasada una hora lenta, penetró en la plaza y divisó el coche de la Torre, encallado aún á la puerta del Gobierno civil, co-

rrió á la Arcada y desahogóse con los dos Villas-Vellas, ambos pensativamente recostados en los dos umbrales de la Tabacquería Elegante.

— ¿Ustedes saben quién está en el Gobierno civil? . . . Gonzalo Ramires. . . Con Cavalleiro.

Todos se agitaron, como despertando, en los sillones de mimbre, donde los extendieran soñolientamente el silencio y la ociosidad de la arrasada tarde de verano.

Mendoza, excitado, contó que desde las dos y media Gonzalo Mendes Ramires «en carne y hueso» celebraba con Cavalleiro en el Gobierno civil una magna conferencia. El espanto y la curiosidad fueron tan ardientes que todos se levantaron á espiar los amplios balcones del convento sobre el portalón, que eran los que correspondían al gabinete de su excelencia.

Precisamente, en ese momento, José Barrolo, á caballo, de pantalón blanco, de rosa blanca en la chaqueta de alpaca, doblaba la esquina de la calle de las Vendas, y el interés todo de aquellos caballeros se precipitó hacia él en la esperanza de una revelación:

— Barrolo.

— ¡Barroliño, llégate para acá!

— ¡De prisa, hombre, que el caso es grave!

Barrolo llegóse hasta la Arcada, y los amigos inmediatamente le soltaron la formidable nueva, apretados en torno de la yegua; Gonzalo y Cavalleiro cuchicheando secretamente toda la ma-

ñana. El coche de la Torre esperando, y ya comenzaban á repicar las campanas de la catedral.

Barrolo, asombrado, desmontó.

Y mientras un rapaz le paseaba la yegua, quedó pasmado también ante el balcón de piedra del Gobierno civil.

— Pues yo no sé nada. Gonzalo á mí no me dijo nada—, afirmaba él asombrado—. Hace días que no viene á la ciudad. . . Y la última vez que estuvo acá en los años de Gracia, habló mal de Cavalleiro.

A todos parecíales el caso «estruendoso», y súbitamente hízose un silencio en la Arcada, sobrecogida de emoción. En el balcón, entre las vidrieras apareciera Cavalleiro con el hidalgo de la Torre, conversando, con los puros encendidos. Los ojos de Cavalleiro posáronse sobre los «rapaces», apiñados en un pasmo silencioso. Mas fué un centellear de visión. Su excelencia sumiérase en el gabinete, el hidalgo también, después de mirar al coche de la Torre. Entre los amigos hubo un clamor:

— ¡Viva la Reconciliación!

— ¡Acabó la guerra de las Rosas!

— ¿Y las correspondencias de la *Gaceta de Oporto*? . . .

Mas de nuevo enmudecieron. Cavalleiro y el hidalgo reaparecían en una embreñada polémica que los detuvo un momento olvidados en la evidencia del balcón abierto. Después Cavalleiro,

con una familiaridad cariñosa, abrazó á Gonzalo, como si publicase su reconciliación ante la plaza maravillada, y otra vez se sumieran en ese pasear conversado é íntimo que los traía desde la sombra del gabinete á la claridad del balcón, rozándose las mangas, mezclando el humo leve de sus cigarros. Abajo, el grupo crecía más excitado. Agregáronse Mello Alboim, el barón de las Marges y el doctor Delgado. Los gruesos minutos del reloj del Gobierno civil ya se acercaban á las cuatro. Los dos Villas-Vellas y otros «rapaces» retrocedieran hacia los sillones de mimbre de la Tabacquería. El doctor Delgado, que comía á las cuatro y sufría del estómago, abandonó desconsoladamente los arcos, suplicando á Pestaña, su vecino, «que apareciese por el café para contar el resto. . .» Mello Alboim marchara á su casa, frente al Gobierno civil, en la esquina del paseo; y desde la ventana, por detrás de la mujer y de la cuñada, ambas con chambras blancas y con papillotes, sondaba el gabinete de su excelencia con un binóculo. Por fin batieran con extendida sonoridad las cuatro de la tarde. Entonces el barón de las Marges, en su borboteante impaciencia, decidió subir al Gobierno civil «para escudriñar. . .»

Mas, en este momento, Andrés Cavalleiro asomábase de nuevo al balcón, solo, con las manos enterradas en el chaquetón de franela azul, y casi inmediatamente el coche de la Torre marchaba

de la puerta del Gobierno civil, atravesando la plaza con los *stores* verdes medio corridos, descubriendo apenas á aquellos caballeros ávidos los pantalones claros del hidalgo.

— Va para los Cuñaes.

Allá lo cogía Barrolo.

Y todos apresuraron al buen Barrolo para que huyese á saber los motivos y los lances de aquella paz histórica. El barón de las Marges hasta le aseguró el estribo. Barrolo trotó alborozadamente hacia el paseo del Rey.

Pero Gonzalo Mendes Ramires, sin parar en los Cuñaes, seguía para la Vendiña, donde había decidido comer. Después de las últimas casas de la ciudad subió las cortinillas, aspirando deliciosamente, con el sombrero sobre las rodillas, la luminosa frescura de la tarde, más fresca y de una claridad más consoladora que todas las tardes de su vida. . . ¡Volví de Oliveira vencedor! ¡Pasara, en fin, á través de la rendija, á través del muro! ¡Y sin que su honra ni su orgullo se desgarrasen! ¡Bienaventurado Gouveia! ¡Bienaventurada la conversación de la víspera en Villa-Clara! . . .

Sí, ciertamente fuera costoso aquel mudo momento en que se sentara secamente en una poltrona, junto á la pesada mesa de su excelencia. Pero mantuviera mucha dignidad y mucha sencillez. . . — «Véome obligado, dijera, á dirigirme al gobernador civil, á la autoridad, por un motivo

de orden público . . . » —. La primera avenencia partiera de Cavalleiro, que torcía los bigotes pálido: «Siento profundamente que no sea al hombre, al viejo amigo, á quien Gonzalo Mendes Ramires se dirija. . . » El todavía se conservara retraído, murmurando con una frialdad triste: «La culpa no es ciertamente mía. . . » Entonces Cavalleiro, después de un silencio en que le temblaran los labios: — «Al cabo de tantos años, Gonzalo, sería más caritativo no aludir á culpas y recordar solamente la antigua amistad que, por lo menos en mí, se conservó siempre la misma leal y seria». — A esta sensibilizada invocación, él replicara con dulzura, con indulgencia: «Si mi antiguo amigo Andrés recuerda nuestra antigua amistad, yo no puedo negar que en mí tampoco se apagó nunca enteramente. . . » — Ambos balbucearon todavía algunos confusos lamentos sobre los desacuerdos de la vida. ¡Y casi insensiblemente se trataran de *tú!* El contó á Cavalleiro la torpe osadía de Casco, y Cavalleiro, indignado como amigo y como autoridad, telegrafíara en seguida á Gouveia un imperioso mandato para encerrar al valiente de los Bravaes. . . Después conversaran de la muerte de Sanches Lucena, que impresionaba al distrito. Loaran ambos la belleza de la viuda y sus doscientos mil pesos. Cavalleiro recordó una mañana en la *Feitosa*, en que, entrando por la puerta pequeña del jardín, la sorprendiera poniéndose las ligas. ¡Una pierna

divina! Ambos rechazaran riendo la idea de casarse con doña Ana, á pesar de los doscientos mil duros y de la pierna divina. . . Ya entre ellos se restableciera la antigua familiaridad de Coimbra, y fuera Andrés quien aludió, naturalmente, á la desaparición del diputado del Gobierno y á la sorpresa del distrito vacante. Gonzalo murmuraba con indiferencia, estirado en la poltrona:

— Sí, efectivamente. Deben estar embarazados.

Cavalleiro, sin preparación de ninguna especie, ofreciérale el distrito, insistentemente. Posara en él los ojos con lentitud, como para escrutarlo. . . Después, insinuante y grave:

— Si tú quisieras, Gonzalo, terminábase el embarazo.

Aún exclamara éste, sorprendido y sonriente:

— ¿Cómo si yo quisiese?

Andrés, con los ojos clavados en Gonzalo:

— Si tú quisieses servir al país, ser diputado por Villa-Clara.

Si tú quisieses. . . Y ante esta insistencia que rogaba, tan sincera y conmovida, en nombre del país, él consintió bajando la cabeza:

— Si puedo ser útil al país y á ti, estoy á vuestras órdenes.

He aquí la hendidura traspuesta, la áspera rendija, sin rasgón en su orgullo ni en su dignidad. Después conversaran paseando por el gabinete, desde el estante cargado de papeles hasta el balcón que Andrés abriera por causa de un persis-

tente olor á petróleo. Andrés intencionaba partir esa noche para Lisboa, á conferenciar con el Gobierno. En Lisboa impondría á Gonzalo como el único diputado después de Sanches Lucena, seguro y substancial por el nombre, por la influencia, por el talento y por la lealtad, y he ahí la elección consumada. Por otra parte (declarara Cavalleiro riendo), aquel distrito de Villa Clara era una propiedad suya, tan suya como Corinde. Libremente podía elegir á un portero de sus oficinas. Prestaba, pues, un servicio espléndido al Gobierno y á la nación presentando un mozo de tan alto origen y de tan fina inteligencia. . . Después añadió:

— No tienes que pensar más en la elección. Vas para la Torre. No lo dices á nadie, á no ser á Gouveia. Esperas allí muy quietecito telegrama mío de Lisboa, y en cuanto lo recibas, eres ya diputado por Villa-Clara y puedes anunciárselo á tu cuñado y á tus amigos. . . Después, el domingo, vienes á almorzar conmigo á Corinde á las once.

Apretáronse los dos en un abrazo que fundió de nuevo y para siempre á las dos almas apartadas. Después, en la escalera de piedra donde lo acompañara Andrés, repenetrando tímidamente en el pasado, murmuró con una sonrisa pensativa. «¿Qué has hecho últimamente en esa querida Torre?» Y al saber de la novela para los *Anales*, suspiró con la saudade de los tiempos de imagi-

nación y de arte, en Coimbra, cuando él amorosamente lapidaba el primer canto de un poema heroico, el *Fronteiro de Ceuta*. En fin, otro abrazo, y volvía diputado por Villa-Clara.

Todos los campos y los poblados que avistaba desde la portezuela del coche representarían él en Cortes, él, Gonzalo Mendes Ramires. . . y con la gracia de Dios los representaría superiormente. Porque ya las ideas fértiles lo invadían. En la Vendiña, mientras esperaba un chorizo con huevos, meditó la respuesta al discurso de la Corona, un esbozo sombrío de nuestra administración en África, donde cumplía, como gloria suprema y suprema riqueza, edificar de costa á costa un Portugal mayor. . . La noche cerrara, y otras ideas vastas y vagas lo revolvían aún, cuando los caballos se detuvieron ante el portón de la Torre.

Al otro día, miércoles, entró Benito, á las diez, en el cuarto del hidalgo con un telegrama que llegara á la villa de madrugada. Gonzalo pensó que «era del Gobierno». Era de Castañeiro pidiendo la novela. Gonzalo tiró el telegrama ¡La novela! ¿Cómo podría trabajar ahora en la novela con aquella impaciencia por la elección?. . . Ni almorzó sosegadamente, reteniendo, á través de los platos que le traían, un deseo desesperado de «contárselo á Benito», y marchó para Villa-Clara á desahogar con Gouveia. El pobre administrador yacía de nuevo en el canapé de paja, con la garganta enferma, y toda la tarde, en la estrecha sala

forrada de papel verde-gai, Gonzalo exaltó los talentos de Andrés, «hombre de gobierno y de ideas, Gouveia»; desenrolló vistosos proyectos de ley que meditaba sobre Africa «nuestra esperanza magnífica, Gouveia». Mientras Gouveia, estirado, sólo rompía el silencio y la inmovilidad para murmurar:

— Y á quién debe usted todo eso, Gonzaliño? Acá, á mí.

El jueves, al levantarse, su pensamiento buscó á Cavalleiro, que á esa hora, en Lisboa, almorzaba en el Hotel Central (siempre se conservara Andrés fiel al Hotel Central), y todo el día fumando cigarros insaciablemente á través del silencio de la casa y de la quinta, siguió á Cavalleiro en sus paseos por la Baixa, por la Arcada, por los Ministerios... Naturalmente, comería con el tío Reis Gomes, ministro de Justicia. Otro convidado sería José Ernesto, ministro del Reino, condiscípulo de Cavalleiro, su confidente político... En esa noche, pues, todo se decidía.

— Mañana á las diez tengo acá telegrama de Andrés.

No llegó ninguna noticia y el hidalgo pasó el día lento á la ventana, vigilando la carretera, de donde surgiría el mozo del telégrafo, un rapaz gordo que él conocía por la gorra galoneada y por la pierna manca. A la noche, intolerablemente inquieto, mandó un mozo á Villa-Clara. Tal vez el telegrama quedase sobre la mesa ol-

vidado por aquella «bestia de Nunes el del telégrafo».

No había telegrama para el hidalgo. Entonces quedó con la certeza de que en Lisboa surgieran dificultades, y toda la noche, sin sosiego, indignado, imaginó á Cavalleiro cediendo muellemente á otras exigencias del ministro, aceptando con servilismo para Villa-Clara la candidatura de algún imbécil, de algún chulo del partido.

Por la mañana insultó á Benito por traerle tan tarde los periódicos y el té:

— ¿Y no hay telegrama ni carta?

— No hay nada.

¡Bien lo engañaran! Pues nunca, nunca aquel infame de Cavalleiro traspondría la puerta de los Cuñaes. Por otra parte, ¿qué le importaba la burlesca elección? Gracias á Dios sobrabanle otros medios de probar soberbiamente su valor ¡Qué miseria, en verdad, curvar su espíritu y su nombre al rastrero servicio de San Fulgencio! Y resolvióse á regresar á las cimas puras del arte y ocupar altivamente todo el día en el noble y elegante trabajo de su novela.

Después del almuerzo púsose ante las albas cuartillas, y de repente agarró el sombrero y marchó á Villa-Clara al telégrafo. Nunes no recibiera nada para su excelencia. Corrió cubierto de sudor y polvo á ver á Gouveia. El señor administrador partiera para Oliveira. Positivamente había vencido otra combinación. Recogióse á la

Torre, decidido á tomar una venganza tremenda de Cavalleiro por tanta injuria amontonada sobre su nombre y sobre su dignidad. Todo el sábadó, nubloso y tristón, consumiolo meditando amargamente esta venganza pública y sangrienta. La más sabrosa y sencilla sería rasgar la cara del infame á bastonazos en la escalera de la catedral, á la salida de misa. Al obscurecer, después de comer mal por aquel despecho y humillación que lo poseían, enfundóse un terno nuevo para volver á Villa-Clara. No entraría en el telégrafo, iría al Casino, á jugar al billar, á leer risueñamente los periódicos regeneradores para que todos recordasen su indiferencia si por acaso más tarde conocían la trama.

Bajó al patio, donde los árboles adensaban la sombra del crepúsculo cargado de foscas nubes, y abría el portón cuando tropezó con un rapaz que corría sobre una pierna manca y gritaba: «Un telegrama» ¡Con qué voracidad se lo arrancó de las manos! Corrió á la cocina, voceando desabridamente á Rosa por la falta de luz, y con un fósforo devoró las líneas benditas: «*Ministro aceptata, todo arreglado. . .*» En el resto, Cavalleiro recordábale que el domingo lo esperase en Corinde á las once, para almorzar.

Gonzalo Mendes Ramires dió cinco pesetas al chico del telégrafo y subió las escaleras. En la librería, á la claridad más segura del quinqué, releyó el delicioso telegrama: ¡*Ministro acepta, todo*

arreglado. . .! En su transbordante gratitud por Cavalleiro, ideó una comida en los Cuñaes, que cimentase para siempre la reconciliación de las dos casas, y en la que Graciña, para más honrar la dulce fiesta, se descotase y pusiese su collar magnífico de brillantes, la última joya histórica de los Ramires.

— ¡Andrés es un buen rapaz!

El reloj del corredor dió las nueve. Notó entonces Gonzalo la densa lluvia que lavaba la quinta, y de la que él, embebido en su gloria, no sintiera el rumor sobre las vidrieras del balcón ni sobre el follaje de los limoneros.

Para calmarse deliberó trabajar en la novela. Realmente ahora convenía que terminase esa *Torre de Don Ramires* antes del afán de la elección, para que en Enero, al abrirse las Cortes, surgiese en la política con su viejo nombre aureolado por la erudición y por el arte. Enfundóse en el ropón de franela ante la mesa, con la acostumbrada taza de té inspirador y repasó lentamente el comienzo del capítulo segundo.

Era en el castillo de Santa Ireneia, en aquel día de Agosto en que Lorenzo Ramires cayera en el valle de Canta-Piedra, malherido y cautivo del bastardo de Bayao. Ya Tructesindo Ramires conocía el desventuroso desastre, y en este lance el tío Duarte, en su poema del *Bardo*, con un lirismo tenue, mostraba al enorme rico hombre gimiendo, recordando á ese hijo, flor de los caba-

llos de Riba Cavado, á merced de la gente de Bayao...

Lágrimas irrepresas le revientan;
Alza el arnés su sollozar ardiente...

Llevado por la armonía del tío Duarte, también él, en las líneas primeras del capítulo esbozara al viejo, abatido sobre un escabel, con lágrimas relucientes sobre las barbas blancas, mientras que en las losas, arrastrando la cadena, sus dos lebreles le contemplaban en una simpatía ansiosa y casi humana. Pero ahora, este lloroso desaliento no le parecía coherente con el alma tan indomablemente violenta del abuelo Tructesindo. El tío Duarte, de la casa de los Balsas, no era un Ramires, no sentía hereditariamente la fortaleza de la raza; y romántico plañente de 1848, inundara de llantos románticos la faz férrea de un lidiador del siglo XII, de un compañero de Sancho I. El, sin embargo, debía restablecer el espíritu del señor de Santa Ireneia dentro de la realidad épica, y borrando ese falso comienzo de capítulo retomó el lance más vigorosamente. En su lealtad sublime, el sencillo Tructesindo ni se cuida del hijo ni del amargo ultraje, y todo su esfuerzo lo pone en apresurar los aprestos de la mesnada para correr sobre Monte-Mayor y llevar á las señoras Infantas los socorros de que las privara la emboscada de Canta-Piedra. Mas cuando el impetuoso rico

hombre con el adalid, en la sala de armas, daba la orden de marcha, he aquí que los escuchas, abrigados del calor de Agosto en los miradores, divisan á lo lejos, más allá del arbolado de Riveira, brillo de armas y una cabalgada marchando hacia Santa Ireneia. Ordoño sube á lo alto de la torre albarrana y reconoce el pendón de Lopo de Bayao y su toque de trompas moriscas arrastrado y triste en el silencio de los campos. Entonces arquea las cabelludas manos en la boca y suelta un alarido:

— ¡Armas, armas, que es gente de Bayao! ¡Ballesteros, á vuestro sitio!

Gonzalo, rascándose la cabeza con la punta de la pluma, rebuscaba todavía otros verídicos gritos, de bravo son alfonsino, cuando la puerta de la librería se abrió cautelosamente. Era Benito en mangas de camisa:

— El señor doctor, ¿no podría bajar un momento á la cocina?

Gonzalo miró á Benito pestañeando sin comprender:

— ¿A la cocina?

— Es que está allí la mujer de Casco hecha un mar de lágrimas. Parece que le prendieron al hombre esta tarde... Apareció ahí por bajo del agua con los pequeños, hasta con uno de teta. Quiere hablar por fuerza con el señor doctor. Y no se calla, bañada en lágrimas, de rodillas, con los hijos. Parece una Inés de Castro.